

La joven le contestó con una leve sonrisa y con una mirada llena de turbación, y Eugenio, como para saborear su propia dicha á sus solas, fué á besar la mano de madame Tascher, y salió de aquella casa con el corazón lleno de las más bellas y risueñas esperanzas.

Al llegar al día siguiente á la verja, vió el traje blanco de Josefina.

Lo que á través de aquella verja se dijeron aquella niña de quince años, y aquel joven de veinticinco, puede calcularlo el lector ó lectora, si ha tenido esa edad, y si ha amado con fe y con ilusiones en el alma.

## V.

El vizconde, tomada ya posesión de los bienes que había heredado en la Martinica de un pariente de su madre, hubo de volver á París, donde le llamaba su destino, pues era capitán de artillería.

Aquel amor que se había formado, bello y risueño, bajo la mirada tierna de la madre de Josefina y aprobado hasta por su severo padre, vió aflojado por la ausencia el dulce lazo que le sostenía: la separación fué la más cruel y dolorosa que se puede imaginar: Eugenio sufría más aun que la señorita Tascher, pues preveía la gran oposición que

su familia había de manifestar á su enlace con la joven criolla.

Aquella familia orgullosa y que pertenecía á la primera aristocracia, deseaba para Eugenio, adornado de tan relevantes cualidades, de tanto talento y tan bella figura, una alianza brillante, y no podía agradarle el que se uniese con una joven de nombre desconocido, y de una fortuna que no pasaba de mediana y que radicaba en las colonias.

Eugenio ocultó, sin embargo, sus temores para no afligir más á Josefina y á su buena madre: y después de haberlo dilatado todo lo posible, hubo al fin de fijar día para su salida de aquel delicioso país.

—Yo no volveré aquí, dijo; pero te llamaré mi adorada Josefina, y un lazo eterno nos unirá en París para siempre: si me fuera dado, vendría á buscarte: más es de todo punto imposible el que pueda dejar mi sitio en las actuales circunstancias.

La joven criolla lloró amargamente aquella ausencia; amaba por primera vez de su vida, y amaba apasionadamente: además, Eugenio merecía su amor, y le profesaba á la vez aquella estimación, base sólida de las grandes y nobles pasiones.

No sería fácil describir lo que sufrió Josefina hasta que llegó la primera carta del ausente: aquellas horas de espera y de agonía marchitaron las rosas de sus mejillas y el brillo de sus ojos: pálida



y delgada, vagaba con su negra Pascuala por las orillas del mar, esperando siempre, con una impaciencia dolorosa, la llegada del bajel que debía traerle la primera carta de Eugenio.

¡Qué tristes, qué amargas son esas horas que se pasan en angustiada expectativa! En el delirio de nuestra propia pena, nos admira que el mundo entero no tome parte en ella, de que el sol brille con claridad, y de que todas las personas que conocemos sigan tranquilamente el curso regular de su existencia! O es egoísmo, ó acaso, tal vez, una enfermedad que aqueja el corazón; pero la vista de la tranquilidad ajena nos lastima, y creemos un insulto el que el cielo no esté tempestuoso, y el que la naturaleza entera no se mezcle á nuestra pena.

Josefina se admiraba dolorosamente de ver la mar en calma: sentábase en una piedra cerca de la orilla: tendía los ojos por el horizonte para buscar la blanca vela del navío mensajero, y luego inclinaba hacia las ondas sus azules ojos y se decía:

—¡Por aquí ha pasado él!

Es el distintivo de las grandes pasiones el afán inextinguible de contemplar todo lo que ha tocado y visto la persona amada, cuando esta persona se ha separado ya de nosotros; parece como que el raciocinio y el pensamiento se hallan enfermos á la vez, y como que sólo descansan y se alivian de

su dolor, sumergiéndose todo lo posible en los recuerdos de lo que perdieron temporal ó eternamente.

Pero el dolor no se apaga con este triste remedio, sino que se hace, por el contrario, más profundo y más punzante: los recuerdos amargos, sólo gastándolos se hacen soportables: y mientras se usan, son otros tantos garfios de hierro que desgarran el corazón.

La delicada organización de Josefina se resintió de tal suerte con aquella punzante y continua pena, que sus padres creyeron perderla; y la buena madame Tascher, que, llevada de su egoísmo maternal, rogaba á Dios, al partir el vizconde, que olvidase á su querida hija para que no la separase de su lado, llegó á desear las cartas de Eugenio con tanto afán como las deseaba la misma Josefina.

Llegó por fin la primera carta: carta larga, carta llena de ternura, de promesas, de narraciones encantadoras; carta, en fin, que respiraba un profundo y verdadero amor.

Josefina renació, como renace la flor á la que faltan las brisas y el sol, cuando el cielo le envía ambas cosas: fué también dichosa en tanto que respondía á Eugenio; pero pasado el tiempo de leer la carta de aquél y de escribir la que debía remitirle, volvió á caer en una profunda tristeza.

—¿Qué haré yo sin él? se preguntaba con des-



aliento: y en efecto, para nada hallaba fortaleza, tiempo ni deseo.

Dos cosas hacen la vida estéril y completamente inútil.

Las grandes alegrías y los grandes dolores.

Josefina no se hallaba jamás con ánimo para entregarse á ningún trabajo serio, ni tampoco para dedicarse á los delicados y de adorno que en otro tiempo llenaban sus horas: el dolor de la ausencia lo absorbía todo: la imagen de Eugenio la seguía hasta en su sueño, y jamás gozaba una hora de reposo.

En la segunda carta, el vizconde hablaba de disgustos habidos con su familia; pero no decía la causa de estos disgustos, y añadía que muy en breve podría avisar á su amada Josefina que fuera á encontrarle á París, para unirse al pie de los altares.

Algunos meses pasaron así: llegó por fin un día en que el vizconde escribió á Mr. y madame Tascher, pidiéndoles que el primero le llevase á su hija, pues ya la esperaba con impaciencia, y contaba abrazarlos á la llegada del primer buque que viniese de la Martinica.

Después de leer aquellas cartas, Josefina se arrodilló á los pies de su madre, y levantó hacia ella su dulce rostro cubierto de lágrimas.

—Te comprendo—dijo madame Tascher:—te comprendo, hija mía, y no seré tan egoísta que me

empeñe en retenerte á mi lado: partirás con tu padre, y la seguridad de que eres dichosa acaso me consuele algún tanto de tu ausencia.

Los preparativos para el viaje empezaron: Josefina estaba llena á la vez de contento y de tristeza: aquél, inspirado por la certeza de ver muy pronto á su amado Eugenio: ésta, causada por la pena de tener que dejar á su madre.

Pero el amor á los diez y seis años tiene tanto imperio en el corazón, que todo calla ante su magia. Josefina se dedicaba con un ardor febril á todo lo que podía adelantar la hora de su partida, y bien que alguna vez dejase escapar de sus ojos una lágrima, ansiaba llegar á París para ver al que poseía su primer amor, y su corazón entero.

¡Y luégo esta palabra *París* tenía una magia tan encantadora, tan irresistible, que borraba muchas penas por sí sola!

Llegó por fin el día de la despedida: la pobre madre dió á su hija el último abrazo, y la tía de Josefina, madame Renaudin, que la había educado, quiso ir á la playa á despedirla, acompañada de Pascuala y de todos los servidores de la familia.

Josefina cayó privada de sentido al despedirse de su madre; pero vuelta en sí, en un gabinete inmediato, por los cuidados de su padre y de su tía, salió de aquella casa donde había nacido, llevando el rostro bañado en lágrimas.

La nave que debía conducir al padre y á la hija,



se mecía impulsada por la blanda brisa de la mañana: brillaba el sol en todo su esplendor, dorando las cristalinas ondas, y aquella pompa y aquella alegría de la naturaleza formaban un triste contraste con la pena del corazón de Josefina, y con los gritos y gemidos de los fieles servidores de su familia.

Josefina tuvo para todos una palabra de cariño y de consuelo: abrazó á Pascuala y le dijo que no la llevaba consigo, por no privar de sus cuidados á su pobre madre enferma: distribuyó dinero y frases de afecto entre todos, y después se arrojó en los brazos de su tía, que lloraba desconsolada, con la idea de perderla, acaso para siempre.

En fin, la señal de la partida se dejó oír, y Josefina entró con su padre en el navío que debía conducirlos: allí de pie sobre el puente, aun agitó su blanco pañuelo para saludar á los que tanto amaba: y cuando ya no pudo verlos, se dejó caer en los brazos de su padre, derramando un torrente de lágrimas.

## VI.

París asombró á la joven criolla, y durante muchos días sintió como un deslumbramiento: su padre buscó un hospedaje lujoso, y una camarera que atendiese al servicio de Josefina: sabía la opo-

sición de la familia de Eugenio á aquel enlace, y deseaba á lo menos presentar á su hija rodeada de decoro.

El vizconde halló á su prometida más bella, á su parecer, de lo que la había dejado: y en efecto, Josefina poseía, no una gran belleza, pero sí esa gracia completa y exquisita que vale mucho más, y que puede llamarse inmortal, porque sobrevive á la muerte en la memoria de las personas que la han conocido.

Su inocencia, su atractiva sensibilidad y el encanto que sabía prestar á cuanto hacía y decía, no cansaban nunca la atención de Eugenio, que sentía por ella ese amor único y exclusivo que se apoya en todas las simpatías del alma y en la comunidad del espíritu, amor que es el único verdadero y noble de la tierra.

El pensamiento de entrambos iba siempre acorde, y en todas las situaciones de la vida, Josefina veía á Eugenio en la que ella le hubiera colocado, y Eugenio veía en Josefina la más noble y digna de todas las criaturas.

En las bellas artes, ambos estaban asimismo acordes en sus gustos y en sus impresiones: para Josefina era un goce inefable el leer con Eugenio unos versos buenos, el saborear con él las bellezas de la poesía: y Eugenio no comprendía ningún placer de la inteligencia, si Josefina no tomaba parte en él.



Vencidos por fin los obstáculos que la familia del vizconde oponía aún á su enlace, señalóse día para el casamiento, y el joven capitán de artillería condujo al altar á Josefina Tascher, que salió del templo vizcondesa de Beauharnais.

El padre de la novia pasó aún á su lado algunos días; pero llamado por sus negocios y por el mal estado de la salud de su esposa, volvió á embarcarse para la Martinica.

—Papá mío—le dijo Josefina abrazándole tiernamente:—si mamá se pone peor, llámame al instante: yo rogaré á Eugenio que me permita ir á cuidarla, y estoy segura de que me lo concederá: papá mío, prométeme esto, para que pueda llevar con más resignación mi alejamiento de vosotros.

—Te lo prometo—dijo Mr. Tascher con voz ahogada por el dolor—pues aquel hombre fuerte y severo no podía resistir á la pena que la separación de su hija le causaba; te lo prometo, hija mía. Adiós... y si eres desgraciada... ¡cuénta á tu vez con tus padres!

Josefina se consoló en breve de la separación de su familia con el amor de su marido, que la presentó en la buena sociedad de París, con todo el orgullo que legítimamente debía sentir al verse esposo de aquella bella joven: porque Josefina no sobresalía sólo por las gracias de su persona: su talento encerrado en un círculo estrecho y reducido, como la crisálida en su capullo, rompió sus prisio-

nes y se ostentó en breve radiante y luminoso, animado sobre todo por la poesía virginal y perfumada, que se halla como arraigada en el carácter de los hijos de las colonias.

Su extremada sencillez en el vestir no se alteró en nada, y aunque la fortuna de su marido le permitía mayor esplendidez, jamás quiso usar trajes vistosos ni costosas joyas.

Su vida la pasaba dulcemente ocupada entre el cuidado de su casa y las diversiones á las que asistía, siempre en compañía de su esposo; pero en lo que especialmente hallaba su más grande placer, era en socorrer á los necesitados que vivían cerca de ella, y de cuya situación y desgracias se informaba con un cuidado, lleno á la vez de eficacia, de ternura y de delicadeza.

La vizcondesa de Beauharnais era una excelente cristiana en toda la verdadera acepción de esta palabra: su luminoso espíritu no abrigaba ni la sombra de la negra y estúpida superstición: creía sinceramente y con esa *humilde ceguera*, que es la expresión mas pura de la fe; pero jamás experimentó los locos terrores de los espíritus débiles, ni miró la virtud sino como la cosa más amable del mundo, y la más fácil de practicar.

Sin embargo, una amarga experiencia la enseñó que la virtud es algunas veces muy costosa, y que sólo Dios puede darnos fuerzas para sobrellevar algunos dolores.



El nacimiento de un hijo vino á llenar de alegría al joven matrimonio, sobre todo al vizconde, que, desde que se anunció el embarazo de su mujer, deseaba un varón.

El niño recibió en la pila bautismal el mismo nombre de su padre, y la primera cosa de que se ocupó Josefina, después de su restablecimiento, fué de escribir á sus padres una larga y tierna carta, en la que les pintaba su alegría por aquel feliz acontecimiento.

—Ahora, les decía, es cuando comprendo, queridos padres míos, todo el amor que os debo: sólo siendo madre se puede saber ser buena hija; ahora soy dichosa del todo, y cuando miro á mi Eugenio, se me figura que hasta que él ha venido al mundo no conocía yo más que la sombra de la felicidad.

Josefina se retiró algún tanto de los placeres de la corte, desde que nació su hijo: ella misma le alimentaba á su pecho, y ella misma le cuidaba con ese infinito amor de la madre joven hacia su primer hijo: Josefina contaba entonces solamente diez y ocho años.

Tres despues, dió á luz una niña, á la que se le puso el nombre de Hortensia, y que más tarde fué reina de Holanda, pues la fortuna, que alguna vez volvió la espalda á la hija de los trópicos, probó su inconstancia declarándose durante mucho tiempo su decidida protectora.

Aun con mayor alegría recibió la vizcondesa á

su hija, que la que había demostrado en el nacimiento de Eugenio: una hija es la verdadera compañía de su madre, porque los hijos eligen carreras que los separan del techo maternal, y sus estudios y sus ocupaciones mismas les distraen ó apagan algun tanto en ellos la íntima y dulce ternura de la familia; pero las hijas no tienen otro asilo que el hogar doméstico, hasta que van por sí mismas á crear otro hogar: aun entonces son casi la constante compañía de su madre, y á su madre piden siempre el consuelo y el consejo.

Josefina pensaba con delicia al mirar á su hermosa hija, que la naturaleza le había dado en ella la amiga más fiel y más preciosa; porque amistad tiernísima debía existir entre aquella madre y aquella hija, que ella misma sabía y quería educar.

Los dos hijos del vizconde de Beauharnais eran dos prodigios de belleza: Eugenio, fuerte, atrevido, tenía los ojos oscuros, los cabellos negros y la tez ligeramente morena: la orgullosa fiereza de su mirada se templaba por la dulzura exquisita del sentimiento que en ella se reflejaba, y por las largas franjas de pestañas negras que sombreaban sus grandes ojos.

Hortensia no era tan hermosa, pero era tan bonita, tan graciosa, tan dulce, que robaba todos los corazones, y se adivinaba fácilmente que aquellos encantos, en vez de disminuir con los años, debían aumentarse.



Sus cabellos de un rubio dorado, prometían para más adelante un hermoso color castaño claro: sus ojos eran azules, grandes y llenos de sentimiento y de inteligencia: su boca y su nariz ofrecían un dibujo adorable: era blanca como el lirio de los valles, sonrosada y llena de gracias.

Aun pasó Josefina tres años más dividiendo su tiempo tranquilamente entre el amor de su familia y los atractivos de la sociedad parisiense, de la que era ella uno de los mejores ornatos.

No contribuía poco á que brillase la vizcondesa el carácter especial y las sobresalientes prendas de su marido, cuya distinción y talento le abrían todas las puertas y todos los corazones.

Josefina y su esposo recibían también en su casa algunas noches, y su salón era uno de los pocos que todas las personas distinguidas se hacían un deber y un honor de visitar: la música y la poesía vivían allí como en terreno propio, pues la vizcondesa les concedía su más decidida protección, y ella misma las cultivaba con entusiasmo.

El principal lujo de casa de los vizcondes de Beauharnais lo constituían las flores: Josefina las adoraba, aun más en París que en su país natal, porque en París le recordaban los tiempos felices de su adolescencia, sus padres, su tía, todo, en fin: cuanto había amado sobre la tierra, todo lo que era para ella caro y precioso.

Desde el patio donde se detenían los carruajes,

ya se aspiraban aromáticos perfumes: la escalera estaba adornada de colosales macetas llenas de hierbas y plantas olorosas, y en todas las habitaciones jarros y copas del Japón sustentaban colosales ramilletes, á la par que enormes jardineras contenían las flores más raras de los trópicos, conservadas cuidadosamente: las luces estaban asimismo colocadas en grandes canastillos de flores, bajo globos de cristal blanco: y los delicados perfumes se escapaban envueltos en los rayos de claridad que hacían resaltar á la vez sus vívidos colores.

La vizcondesa era la hada encantadora que todo sabía embellecerlo con el prestigio de su inteligencia.

## VII.

Tres años contaba Hortensia, cuando la vizcondesa, su madre, recibió una carta de la Martinica en la que se le participaba el triste estado de madame Tascher, próxima ya á bajar al sepulcro.

Josefina prorrumpió en amargo llanto al leer lo que su padre la escribía: la ausencia no había podido enfriar el filial cariño en aquella alma tierna, y pensaba en sus padres con el mismo amor que cuando vivía á su lado.

—¿Qué quieres hacer, mi querida Josefina? le



preguntó su marido: habla; sólo deseo tu consuelo: ¿qué haremos?

—Si no te opones á ello, dijo la vizcondesa, tomando la mano de su esposo, marcharé al instante.

—¡Cómo! ¿Quiéres emprender sola ese largo viaje? porque yo no puedo acompañarte. Ya sabes que mis deberes me retienen ahora aquí, pues las tempestades políticas amenazan á la Francia.

—Ya lo sé, dijo Josefina: partiré sola.

—¡Con tu carácter tan tímido, tan apocado! ¡Eso es imposible!

—El pensamiento de que voy á cumplir un sagrado deber me dará valor: tú te quedarás con nuestros hijos, pues no me atrevo á exponerlos á los peligros del viaje.

En efecto; Josefina se embarcó para las colonias, y tuvo el valor de dejar á su esposo y á sus hijos, á los que adoraba, para volar al lado de su madre enferma.

Cuando llegó quedó horrorizada ante el aspecto agonizante de la que le había dado el sér; pero madame Tascher, al ver á su hija, pareció cobrar nueva vida.

—¡Bendito mil veces sea Dios!—exclamó la amorosa madre, elevando al cielo sus ojos:—¡bendito sea Dios que me permite verte antes de morir, hija mía, y bendita seas tú, que has oído la voz de tu madre y vienes á consolar mis últimas horas:

el cielo te pagará en tus hijos tu abnegación filial, y tú los verás felices á tu lado!

Un alivio rápido vino á dar algunas esperanzas al padre y á la hija, y durante algunos días ambos esperaron que madame Tascher volvería á recobrar la salud: y en efecto, una nueva vida empezó á circular por las venas de la enferma; Josefina, temblando de que su partida pudiera volver á arruinar la salud vacilante de su madre, escribió á su marido hablándole de la perplejidad en que se hallaba, pues una parte de su corazón estaba prisionero en la Martinica y otra la llamaba á París.

La respuesta del vizconde fué enviarle á sus hijos por medio de una persona de toda confianza, y el permiso para que permaneciese al lado de su madre todo el tiempo que quisiera.

Acaso el comportamiento del vizconde en aquella ocasión parezca desacorde con el amor que debía profesar á su esposa é hijos: pero el trono de Luis XVI vacilaba ya de un modo harto visible: la revolución asomaba su flameante cabeza en el horizonte político, y todos los hombres que valían ó suponían algo en Francia, se hallaban exclusivamente preocupados con las ideas y las ambiciones que un cambio radical y poderoso arrastra consigo.

El vizconde se llamó dichoso además, pudiendo separar á su esposa é hijos de París, y sustraerlos



á los horrores de que la corte de Francia debía ser testigo.

Josefina ignoraba cuán grande era la tormenta que lentamente se iba formando, pues de haberlo sabido, todo lo hubiera dejado y hubiera volado al lado de su marido.

Sin embargo, la tempestad tardó aún en estallar, y Josefina pasó con sus hijos al lado de sus padres dos años y medio en la más perfecta calma.

Esta se alteró, no obstante, al mismo tiempo con las noticias que recibió de Francia y con las turbulencias de la Martinica: sabido es que en 1790 aquellas colonias fueron teatro de grandes excesos, y que los negros, queriendo emanciparse, hicieron correr ríos de sangre y fuego.

Una noche en que la matanza era más espantosa, Josefina, perseguida al volver de su paseo por algunos furiosos, fué amenazada de muerte: acompañábanla sus hijos y Pascuala, la vieja negra que la había criado á ella misma.

La vizcondesa quiso entrar en casa de su padre, pero le fué imposible, pues se hallaba cercada por gran número de revoltosos: en tal angustia huyó hacia el puerto: un buque iba á partir: el capitán, de pie en el puente, había presenciado el terror y el inminente peligro que corría aquella desgraciada joven.

¡Venid! le gritó: entrad aquí, y yo os sacaré de estos funestos lugares.

Josefina entró en el buque con sus hijos y su negra, y éste se dió á la vela para Francia pocos instantes después.

La vizcondesa no pudo dar el último adiós á su querida madre, que pocos días después pasó á una vida mejor.

### VIII.

La vizcondesa de Beauharnais no halló por cierto en París la calma y la tranquilidad que en él había dejado; abrumáronla muy pronto nuevos riesgos y profundos pesares: el vizconde de Beauharnais formó parte de la Asamblea constituyente, y se colocó entre los diputados que hacían la oposición al rey, desplegando entonces tanto talento como valor, siendo uno de los primeros nobles que se reunieron á los diputados de los Comunes, y el que propuso la igualdad de penas para todos los ciudadanos, así como su derecho á ser elegidos para todos los empleos, y aun para todas las dignidades.

Cuando la evasión de la corte de la familia real: cuando aquella fatal evasión, que costó al rey, á la reina y á sus hijos la prisión de Varennes, y que fué precursora del cadalso de Luis XVI y de su infortunada esposa, el vizconde de Beauharnais se condujo con tal dignidad y firmeza, que admiró